



Yolanda Puyana Villamizar*

Las mujeres malabaristas: cuidar niños, niñas y adolescentes en épocas de pandemia

A veces despierto y la realidad es más tenebrosa que los sueños.
(La autora)

Introducción

Estamos viviendo una realidad tenebrosa, porque exaltados con el mercado y los datos que mostraban las bajas en la mortalidad y el aumento de la esperanza de vida, creímos que las pandemias eran situaciones de épocas ya pasadas. En efecto, como las últimas habían sido en el África o cuando homosexuales se impregnaban de Sida, nos sentíamos ajenas a ello. Esta situación sumada al encierro en Bogotá, nos lleva a estar por momentos desesperados, en otras ocasiones con ánimo y cuando oímos noticias sentidos miedo de no ser nosotras las contabilizadas en las listas de muertos. Sin embargo, la posibilidad de vernos por la virtualidad, recordar la amistad y pensar en quienes están peor que nosotras, nos consuela.

Ante la agresividad del virus, la mortalidad que provoca, **quienes son expertos en epidemiología, las y los gobernantes nos recomiendan: Quédense en casa y viva en familia. Es la única**

vacuna contra el desastre. Pero nos preguntamos ¿qué pasa con las mujeres malabaristas por tradición, por cuanto han estado a cargo del cuidado de la familia y al mismo tiempo de generar recursos para el mantenimiento del hogar? En este texto voy a tratar de abordar estos interrogantes, teniendo en cuenta que el impacto de esta situación es heterogénea según las clases sociales, las regiones y en general, la situación laboral y las edades de los hijos o hijas, entre otras.

Sobre estos interrogantes y la impresión que me provocaban las inequidades causadas por la pandemia, decidí consultarles a madres profesionales y no profesionales ¹, que están apoyando hijos menores de doce y a la vez, deben responder por los ingresos familiares. Al tiempo, revisé los últimos datos de la evolución laboral de las mujeres en el 2020, para compararlos con los años anteriores. Finalmente, obtuve catorce relatos cortos

¹ Quiero agradecerles a quienes me escribieron sus experiencias y aportaron a este artículo.

* Trabajadora social, Magister en Estudios de Población.

de madres que estuvieran afrontando el cuidado, devengando ingresos o desempleadas.

Los diálogos, las cifras, me indujeron a enunciar problemas en los que se observa claramente que las mujeres madres y cuidadoras han estado especialmente afectadas en el mercado laboral y además, sobrecargadas por las responsabilidades del cuidado y entre ellos, el aumento de las cargas domésticas. A esto se suma la sobrecarga de quienes han asumido sin los padres el cuidado de las nuevas generaciones. Las situaciones están concatenadas y las convierten en más malabaristas, deteriorando parte de lo logrado en el campo laboral los años anteriores, porque tener que asumir estas tareas, dificulta su movilidad en el mercado laboral, estabilidad en los empleos formales y mejoramiento de la autonomía y de sus ingresos. Desarrollaremos dos formas de afectación enlazadas a partir de la pandemia: la desvinculación del trabajo que afecta los proyectos de vida construidos y por ende obligan a las familias a disminuir sus ingresos y cómo se concentra aún más el cuidado en las cuidadoras, sin que se observe un cambio en la tradicional división sexual del trabajo.

La desvinculación del trabajo, disminución de ingresos y frustración de sueños para las mujeres

Antes de iniciar la pandemia se afirmaba sobre la grave situación del trabajo remunerado de las mujeres y su tasa de desempleo en Colombia que era el más alto de Latinoamérica (Lasso, 2016). Si bien su participación laboral había aumentado

en una línea ascendente respecto a los hombres, aún buena parte de las mujeres se encontraban dentro del grupo de población llamado inactivo a cargo de la familia, no contaban ni con reconocimiento social, ni con derecho a la jubilación y, muchas, sin un proyecto de vida propio.

Además, buena parte de quienes laboraban se insertaban en el sector informal o en los sectores más afectados por la pandemia actual: hotelería, ventas ambulantes, restaurantes, actividades domésticas remuneradas o servicio doméstico en hogares². Ya López y Lasso (2016) afirmaban que los problemas laborales más graves se concentraban en las mujeres sin educación superior, y entre quienes apenas alcanzaban la primaria, jóvenes, tuvieran hijos o no. Además, los autores indicaban que la mayoría de las mujeres que participan laboralmente, tienen hijos y están en las edades reproductivas, sumado a que cuando el padre no colaboraba para la manutención de estos, la situación acrecentaba la pobreza externa. Según el DANE, las mujeres han ganado en promedio un 20 % menos que los hombres (DANE, 2018) y acusan un mayor desempleo, oscilando las proporciones entre 4,0 o 5,0 a favor de las mismas. En el 2018 por ejemplo, la tasa de desempleo de los hombres fue 18,6% y de las mujeres, 25,4% y en mayo de 2019, estas tasas fueron 8,3% y 13,4%, respectivamente.

2 Esta población ha visto sustituir sus fuentes de ingreso por las otras mujeres que salían a laborar. Su situación es especialmente dramática como ha manifestado el sindicato de trabajadoras domésticas de Antioquia.

Durante la pandemia los problemas laborales de las mujeres se han acentuado. En primer término, como se observa con la siguiente cifra, los estragos de la pandemia en el desempleo fueron brutales: el desempleo se incrementó de 12% en 2019, a 20% en mayo del 2020, y el de las mujeres fue más alto, alcanzando 27,2%, mientras el de los hombres llegó a 22,2% (DANE, 2020). Sin embargo, lo más grave es el incremento de un millón de mujeres que retrocedieron del mercado laboral y debieron volver a formar parte de la población económicamente inactiva dedicadas a oficios del hogar. Esas mujeres representan a quienes, ante el cierre de empresas, de jardines infantiles y escuelas, debieron volver a su casa, tuvieron que dejar sus empleos y perder sus sueños de autonomía, asumir de nuevo el aumento de la carga doméstica, porque los niños y niñas durante seis meses no tendrán más escolaridad. Situación abrupta, no planeada, que además obliga a la mayoría de los hogares a sobrevivir con solo un salario mínimo o perder negocios que significaban proyectos sustanciales en sus vidas.

¿Cómo lo han sentido algunas madres? Veamos algunos casos: Adriana, psicóloga, tenía un centro de formación alternativa para niños y niñas con el cual sentía que podía desarrollar sus múltiples facultades artísticas y mejorar el manejo de su emocionalidad. “Todo se derrumbó”, sin que después de varios meses de pandemia, le haya llegado un apoyo para su situación como emprendedora:

“Perdí todo de un plumazo. Siento una carga emocional terrible, por la pérdida del trabajo. Tengo dificultad para dormir, me levanto aún más

cansada y con sentimientos de impotencia. Ahora mi vida se reduce a hacer el 90% de las tareas domésticas, pues quedé totalmente endeudada, no consigo trabajo y lo peor, me siento lenta e insegura para abordar otros trabajos”.

Lola, trabajadora social, convivía con su hijo y desarrollaba un cargo complejo en una entidad estatal, había logrado independencia de sus padres y construir un estilo de educación al hijo, de acuerdo a sus criterios. Sin embargo, debió volver al hogar de origen, dada la carga de trabajo virtual que le demandaban:

“24 horas frente al computador, mi vida ha dado un giro vertiginoso, desde acomodarme al estilo de vida de mis padres, que para mí ya era extraño, hasta soportar el regaño colectivo para mi hijo y para mí sobre la crianza y las actividades que yo tenía normalizadas. Pero de la otra forma nos habríamos enloquecido. A veces siento que pasé de cuidar a un niño de 6 años a cuidar tres (mamá y papá)”.

Estos dos casos expresan situaciones de mujeres profesionales, sin embargo la situación es más crítica para los sectores populares. Alejandra, cuyo hogar se encuentra en estrato 2, perdió el trabajo y deben vivir sólo del sueldo del esposo, debió retirar la hija del jardín. Laydis, perdió la esperanza: “Estaba buscando trabajo, ahora menos voy a conseguir”. María, labora como cuidadora de una sobrina aun bebé, a la vez cuida de su madre, ya mayor, y así refiere: “La angustia que se comenzó a dar por la comunicación, carecíamos de internet, llamar a un operador fue labor titánica, se me aumentó el trabajo”. Marcela, cuidadora de la mamá, con enfermedad terminal y de su hija de siete años, aumentaba ingresos con trabajos ocasionales e informales.

“Todos se acabaron”. Cecilia, habitante de la localidad de Usme, con cinco hijos escolarizados sin computador ni internet, debe por turnos usar el whatsapp del plan de datos del padre. Me pregunto así ¿qué logros en la escolaridad pueden alcanzar estos menores?

Los problemas aquí planteados constituyen un contexto agobiante para las madres, que con menores ingresos y esperanzas frustradas deben abordar la situación. Todo esto se hace más angustiante porque ellas se consideran el centro del hogar y el soporte emocional de la familia, expresión que varias veces surgió en los relatos. Por ello, deben hacer un nuevo juego al malabarismo que ya venían haciendo.

Aumento de la carga del cuidado para las mujeres al interior del hogar, sin un cambio sustancial en la división sexual del trabajo

Como venía afirmando nos dicen: **Vivan en familia, sean familia, cumplan con los hijos e hijas, tengan paciencia, no hemos llegado al pico.** Nadie se pregunta ¿cuál familia?, ¿qué pasa en su interior? Contestamos que en familia se hace el cuidado y que éste ha sido silenciado por milenios, desvalorizado como consecuencia de una división sexual del trabajo patriarcal.

El cuidado es la base del mundo social porque contiene las actividades que sustentan la reproducción social. Esta opera en los grupos familiares, donde también persiste una dinámica política porque involucra una ancestral división sexual del trabajo entre lo público y la privado. Han sido la mirada feminista y de las ciencias

sociales, quienes señalaron como falsa esa división entre estas dos instancias. Cuidar ha implicado para las mujeres pérdida de participación en el mundo de lo público, en especial, porque de esta polaridad se deriva una jerarquización de las actividades en la sociedad: unas, subordinadas propias de las mujeres, quienes por encargarse de la maternidad y la familia son menos valoradas, como si fueran fruto del amor materno y, otras, asociadas a los hombres que han facilitado el dominio de la ciudadanía política, la ciencia, el arte y el conocimiento. Otro aporte central del feminismo ha sido el de afirmar que **el cuidado es un trabajo** (Carrasco, 2011), una actividad que crea valores de uso, utilidad social que conlleva toda la creatividad y transformación de la naturaleza, un desgaste de energía, de tiempo y, por las actividades continuas y reiterativas que conlleva, ocasiona el cierre de otras posibilidades en la vida social.

Ante la invisibilidad del cuidado en los hogares, en Colombia por iniciativa de las mujeres feministas el Congreso aprobó la Ley 1413 del 2010, que fue la base para la aplicación de la encuesta de uso del tiempo de la Enut (2016), en el 2013 y el 2015. Los datos nos muestran que mientras ellas gastan en promedio siete horas y catorce minutos en estas labores, los hombres tres horas y veinticinco minutos, es decir las mujeres realizan el doble de estas actividades. Además, señalan que concentran el suministro de alimentos con el 74,4 %, y la limpieza del hogar con el 69,9 % (Onu Mujeres, 2018). En consecuencia, en el país no se ha cambiado sustancialmente la ancestral división sexual del trabajo, así las mujeres hubieran avanzado en su participación laboral.

Como consecuencia de la pandemia se ha aumentado sustancialmente la concentración del trabajo en las mujeres y además, esto ha generado en ellas más temores, impotencia y dolor: las profesionales con niños menores se sienten “agotadas” y perciben su labor como “agobiante”. Así afirma Lida: “Siento que nada en estos tres meses lo he hecho bien”. Agustina, madre de un niño de dos años, escribe:

“Uno observa que vamos perdiendo la fuerza, energía, entusiasmo y creatividad. Lo que genera un sentimiento de culpa y pensar que son meses que se pierden en su desarrollo y crecimiento. Me siento agotada y este agotamiento lo he visualizado en ser más severa con mi hijo y perder la paciencia con cuestiones que antes no ocurría o, por el contrario, más permisiva porque entiende que el niño se encuentra afectado”.

Helena, docente universitaria – quien ha tenido que asumir un intenso trabajo virtual y de orientación escolar a sus tres hijos-, se siente sobrecargada de tareas domésticas así su esposo conviva con ella:

“La situación ha sido muy compleja, pues él asume lo que a él le parece y en su concepción machista la responsabilidad del cuidado está en cabeza de la mujer y me la pone a mí. Aunque creo que lo más molesto es ver que la repartición de los quehaceres domésticos tiene una carga patriarcal y de poder. Me encuentro a un esposo que acepta apoyar a **empujones**....Me cuestiono ¿por qué me casé con un hombre machista? me respondo que lo descubrí machista luego de la boda. En estos tiempos he hecho crisis al querer organizar el tiempo entre mi trabajo, los quehaceres y el acompañamiento... ha sido estresante y desbordante... Crisis que desafortunadamente, he desbordado con los niños.

Yo me veo dictando un seminario virtual sobre el buen trato y al tiempo, queriendo pegarle un grito al niño por no tener paciencia. He desbordado mi capacidad de escucha, de empatía, mi paciencia. Aunque es mi mayor virtud, no me alcanza para ser totalmente coherente. No he podido hablar, exteriorizar, pues soy muy reservada y tampoco he tenido la posibilidad de conversarlo con alguien”.

Estos relatos, destacan un aumento del estrés en las mujeres, en especial, por el impacto del contexto en la vida emocional, pero además, por no cumplir con el diccionario “emocional del cuidado”³, ya que éste al ser atribuido como propio de la feminidad, de la maternidad y natural a su ser femenino, incide en que las cuidadoras se culpen cuando expresan hilaridad, rabia o descontento. Al pensar que ellas no alcanzan el patrón preestablecido, sus culpas aumentan y aflora el sentirse “malas madres”, creer que van a perjudicar más a los niños o niñas, ya que constatan que la pandemia les ha afectado.

Otra tensión que se incrementa es la expresada por Helena, quien ahora en la cotidianidad diaria, al verse cara a cara todas las horas y todos los días con su pareja, descubre sus creencias patriarcales que eran soterradas, cuando se podía contratar a empleadas domésticas o el trabajo fuera de la casa hacía invisible esta situación. Entre los sectores populares, el aumento de la carga del cuidado a partir de la pandemia es evidente.

3 Término desarrollado por Hochschild, A. R. (2008) al demarcar cómo en nuestra cultura el cuidado está asociado a la represión de las emociones hostiles y a presentar una cara agradable así sean adversas las situaciones. En el caso de las madres esta situación se acrecienta e impide que se toleren situaciones ambiguas de rabia y felicidad, propias de cualquier relación humana, en especial los sacrificios que genera la crianza.

Julia por ejemplo, cuida al tiempo una menor de un año y la madre con discapacidad, así me escribió:

“Mi trabajo aumentó considerablemente, desde el inicio de la mañana, ayudarlos a organizar temprano para que a las 7:00 a.m. estén sentados frente al computador. Se despierta la niña, hay que cambiarla enseguida, asearla y preparar su tetero, por fortuna su padre está en casa, cumpliendo con la cuarentena y él se hace cargo, mientras yo preparo desayunos, alisto meriendas, inicio la elaboración del almuerzo, mientras voy adelantando otros arreglos de casa. Mi madre se levanta y debo atenderla con un tinto inicialmente, luego su desayuno. Los niños demandan inquietudes, debemos ayudarles en ocasiones con resolución de problemas, trabajos y demás. Mi madre tiene un carácter incontrolable por momentos, hay que tener mucha paciencia para poder manejar la situación con su incomodidad, en ocasiones no entiende la magnitud del problema e insiste en que la dejemos dar una vuelta. Debo buscar el momento oportuno para explicarle casi a gritos, pues se ha quedado sorda. Por ratos me lleno de angustia, viendo como el reloj no se para un momento, el tiempo es inexorable y no me da tregua”.

Para Carmen aumentaron sus labores:

“Debo al tiempo estar haciendo los oficios y ayudar a las tareas de los niños porque se las mandan por Wasap. Me ha afectado mucho la pandemia, porque como no pueden salir se desesperan más. El no tiene trabajo, está nervioso y frustrado, es muy difícil”

Marcela vive con su madre que tiene una enfermedad terminal, su hija de siete años y un hermano adulto. La cuarentena le ha aumentado el trabajo doméstico, el temor ante el riesgo y además, en la división sexual de funciones no

aparece el hermano, ni en el apoyo para los oficios domésticos, ni como proveedor. Ella dice: “me toca de profesora, cocinar, ayudar a mi mamá que se desmaya con frecuencia, ser psicóloga”.

En estos casos el trabajo del cuidado ha sido el más intenso, porque no acceden al mercado para el apoyo en los oficios domésticos, además carecen de tecnología virtual, naturalizan el cuidado como propio de la mujer y se degastan aún más cuando hacen una actividad cuidadora doble porque comprende a niños y personas mayores ambos en situación de dependencia, sin que tengan un subsidio mínimo que les facilite un sistema de jubilación para que ya mayores alcancen una protección, con un mínimo vital.

En un estudio reciente sobre el Cuidado de Niños, Niñas y Adolescentes (Puyana et alia, 2020), vemos cómo continuamos siendo familiaristas en el cuidado y aunque el Estado ha avanzado en la prestación de servicios de atención a la infancia de los sectores populares para el cuidado, aún no logra jugar un papel más central. Ante esta nueva situación de crisis, considero que las inequidades de género ya estructurales se incrementan ante la pandemia y las mujeres se convierten en más malabaristas.

El lenguaje familiarista de los epidemiólogos y el Estado con frecuencia desconocen que en nuestra sociedad aún es fuerte el imaginario que solo asocia la mujer con la madre y se asume, y es peor pues ellas lo creen que el eje de la familia es la mujer. Nosotras constantemente hemos

tratado de garantizar la sobrevivencia de la familia, sin que la sociedad nos reconozca y el Estado garantice nuestro bienestar.

Por ello, las propuestas que se hacen para solventar la crisis - incluso la de la renta mínima básica- deben considerar las condiciones inequitativas y de poder que al interior de los hogares se padece e incluir dentro de ellas, la democratización de las inequitativas relaciones familiares.

Bibliografía

Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (eds.) (2011): *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid, Los Libros de la Catarata.

Dane, Nueva Encuesta integrada de Hogares. Julio 2020.

Congreso de la República, Colombia. Ley 1413 del 2010.

López, H. y Lasso, F. Diciembre de 2016. El desempleo femenino en Colombia. Banco de la República.

Hochschild, A. R. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Kats Editores.

ONU Mujeres. (2018). El progreso de las mujeres en Colombia. 2018. Bogotá.

Puyana, Y., Hernández, A., Gutiérrez M.L. (editoras). (2020) *La organización social del cuidado de niños, niñas y adolescentes en cinco ciudades colombianas*. Universidad Javeriana. Bogotá. Junio 28/06/2020